DIÁLOGO DE POETAS

Paraíso

Estaba en el último grado de ebriedad pero oía atentamente a Joaquín Sabina. Yo, en cambio, estaba más sobria que nunca. Lo vi, ahí sentado en la alfombra, y traté de inspeccionarlo, pero el cansancio me lo impidió. Explicaba con una tranquilidad absoluta y con muchas pausas la letra de la canción de Sabina que se oía en ese momento. Supe entonces que era fan de Joaquín. No fue sino hasta la segunda vez que lo vi cuando reparé en su aspecto físico: bajo de estatura, 1.60 metros, yo diría, delgado o mejor dicho raquítrico, pelo negro con ausencia de canas, y en algo que la primera vez que lo vi no había notado: era bastante guapo. Bueno, a decir verdad cuando me percaté de ello pensé: “Éste de adolescente debió de haber sido muy guapo.”

114

Al principio yo sólo lo saludaba, por teléfono o cuando iba a casa a ver a mi padre. Poco a poco empecé a hablar más con él. Recuerdo una vez que estaba en casa charlando con mi padre en la sala. Yo me hallaba en mi cuarto y decidí ir un rato con ellos. Me senté a oír su plática; no me acuerdo muy bien de qué estaban hablando, pero sí recuerdo muy bien que de repente él empezó a monologar. Me dejó atónita: no entendí nada de lo que dijo, pero me pude dar cuenta de que aquel hombre sentado ahí, hablando de libros, de autores, de acontecimientos históricos (muchas veces desconocidos para mí), y fumando como chacuaco, había leído mucho, sabía de todo, me pareció que era una de las personas más cultas que había conocido.

Y así, poco a poco, empecé a tratarlo, a aprender mucho de él, de lo que había leído y hasta de sus experiencias en la vida. En alguna época me enfermaba muy seguido, y estaba todo el tiempo deprimida. Pues bien, él me hacía compañía y trataba de darme ánimos contándome sus aventuras, las cuales, dicho sea de paso, fueron muy numerosas. Empecé a quererlo mucho y a tomarlo más en cuenta.

Pero en un momento dado me di cuenta de su más grande defecto: era alcohólico. Había tenido una novia, de la cual había estado bastante enamorado. Ella lo dejó, y a raíz de la ruptura su alcoholismo se

DIÁLOGO DE POETAS

acentuó. Empezó a dejar de comer y tomaba todo el tiempo. Pasaba días enteros y yo no lo veía (u oía por teléfono) sobrio. Todos sus amigos trataron de ayudarlo y él no hizo caso. Yo misma hablé con él un día (me parece que sin éxito).

Cuando iba a casa y se pasaba toda la tarde charlando con mi padre, yo iba a ratos a oírlos hablar. Pero a decir verdad muchas veces más que escuchar su plática lo observaba. Sentado en aquellos sillones se veía diminuto, con una pierna enroscada en la otra, fumando un cigarrillo tras otro (a veces tenía dos cigarrillos encendidos en el cenicero desbordante de cenizas y colillas), hablaba de cosas que yo pocas veces entendía. Pero por muy metido que estuviera en lo que estaba diciendo no dejaba de llevarse la mano a la cara, quedarse unos segundos callado, con la mirada perdida, como meditando. Esto me parece que lo hacía, más que para meditar, por manía.

Después de esa época en que lo veía de tres a cinco veces por semana, vino otra en la que prácticamente no lo vi. Al principio pensé que se debía a que se había vuelto ermitaño o a que estaba enojado con mi padre, o quizá a que se había encontrado con otra mujer (de la cual no se despedaba a ninguna hora del día), o simplemente que ya no nos quería ver. Por fortuna me equivoqué: había vuelto al trabajo y, pienso yo, se había estabilizado emocionalmente.

Anne Rostopchine